

anonadado, fuera de sí, con la cabeza entre las manos, en uno de los rincones del testero del coche.

Por lo que respecta á Olimpia, echó á andar á lo largo del Sena.

El sol caminaba á su ocaso, y sus rayos teñían de deslumbradores y á la vez sombríos reflejos las aguas, que en lucha postrera confundían en su seno la luz y las tinieblas; el aire fresco de la velada empezaba á soplar, suavizando el calor del día, y al paso de Olimpia echaban á volar ante ella algunas nevattillas, que no despavoridas, sino ahuyentadas, iban á posarse algunos pasos más allá.

Algunas nidadas, que empezaban á adormecerse, todavía picoteaban suavemente en los árboles de la orilla.

La cantatriz caminó á buen andar y como instintivamente, hasta la hilera de álamos, y una vez en el sitio designado, tendió una mirada á su alrededor. El conde de Eberbach no había llegado aún.

Olimpia vió un pequeño remanso sombrado por algunos sauces, y se sentó junto al agua, sobre la hierba, donde, viendo sin ser vista, aguardó, latiéndole el corazón hasta parecer que quería saltársele del pecho; tanta era la emoción que la embargaba.

—¡Ha llegado la hora!—murmuró la cantarina, estremeciéndose de improviso.

Hacia el sitio donde se encontraba Olimpia, avanzaba lentamente un hombre envuelto en holgada capa y escudriñando en torno de sí el terreno.

La artista miraba acercarse al recién llegado, y cuando éste no estuvo sino á dos pasos de ella, se levantó inopinadamente.

XVI

Donde Olimpia se da á conocer á Julio

—¡Olimpia!—exclamó el conde de Eberbach lleno de estupefacción.

—La misma—repuso ésta avanzando.—No esperabais encontrarme aquí.

—No sabía siquiera que estuviérais en Francia; pero—añadió reponiéndose—¿cómo se explica vuestra presencia en este sitio? ¿sabíais por ventura que en él ibais á verme?

—Sí.

—Entonces lo comprendo—dijo el conde poniéndose taciturno.

—¿Qué comprendéis?

—Que aquel á quien esperaba yo encontrar aquí os ha enviado para llegar á una reconciliación imposible, ó para solicitar un perdón que no se lo concederé nunca. Lo siento, pues creía que á lo menos era valiente.

—No es el perdón lo que necesita Lotario—repuso Olimpia con gravedad,—sino disculpas.

—¡Disculpas! ¡é! ¡ese canalla!—exclamó Julio.—¡Ah! ha obrado santamente al no venir él mismo á decirme semejante, porque mi paciencia no hubiera llegado hasta dejarle terminar. Mas no espere escapar de mis manos el cobarde; sabré dar con él.

—No tendréis que andar mucho para encontrarle. Está aquí.

—¿Dónde?

—En la carretera, no cinco minutos de este sitio. Yo soy quien le he obligado á esperar; yo quien le he impedido que cumpliera sus deseos de venir. Primeramente he querido hablar con vos; si una vez me hayáis escuchado persis-

tís en vuestro designio, Lotario se pondrá á vuestras órdenes.

—¡Si persisto en mis designios!

—Cuando yo os haya dicho lo que tengo que deciros, no persistiréis en ello.

—Después cual ahora; es inútil cuanto me digáis, Olimpia. No es éste asunto que ataña á las mujeres. Os agradezco la molestia que os habéis tomado; pero vos, con ser quien sois, nada podéis en este negocio, absolutamente nada. Todo está decidido. Si aquel á quien estoy aguardando se encuentra realmente ahí, lo más expedito es que se venga acá inmediatamente, y el único favor que á los dos podéis dispensarnos vos, es que nos ahorréis la espera y el enfado de un retardo sin objeto.

—Vos queréis batiros con vuestro sobrino—dijo Olimpia, —porque creéis que os ha agraviado. ¿Y si no fuese él el culpado?

El conde encogió los hombros.

—¿Si os probase lo que os digo?—insistió la cantarina.

—De no ser él el culpado—repuso Julio,—¿quién lo sería?

—¿Quién? Samuel Gelb.

Por poco preparado que estuviese á esta respuesta, el conde quedó absorto ante la claridad y la certidumbre de la acusación; pero después de reflexionar, dijo:

—¿Samuel? ¡Bah! Al que es objeto de sospechas le es muy fácil acusar á otro.

—No es Lotario quien acusa á Samuel; soy yo.

—Perdonadme lo que voy á deciros, pero no os creo.

—Os repito que tengo pruebas.

—No os creo—repitió Julio.—De quince meses á esta parte, Samuel no sólo no me ha abandonado, sino que me ha prodigado las demostraciones de afecto, desinterés y abnegación. Antes que de él, dudaría de mí mismo.

—Escuchad, Julio—dijo Olimpia en voz humilde y casi triste:—dentro de una hora todavía no habrá cerrado definitivamente la noche; por lo tanto, transcurrida la hora que digo, podréis batiros asimismo con Lotario, ya que aun habrá suficiente claridad, máxime cuando para un duelo á quemarropa no se necesita más que la de las estrellas. Concededme la hora esta que os pido. Hemos estado separados mucho tiempo, más que no acertaríais á creer. Dios es, os lo juro, quien ha preparado este encuentro, en este

sitio y en este instante, en medio de esta soledad silenciosa, ante la naturaleza, sin más testigos que los árboles y el río. Sí, en un sitio como este es donde debía yo haceros sabedor de lo que tantos años me oprime el corazón. Julio, concededme esta hora. Entre nosotros dos también se trata de un duelo, duelo supremo y terrible, del cual vos y yo podemos salir con el corazón más muerto que si nos lo hubiesen atravesado balas de pistola. Para ambos el momento este es solemne, os lo juro. Julio, Julio, es menester que me concedáis el plazo que de vos solicito.

Olimpia, que había arrojado lejos de sí su sombrero y sobre el pálido semblante le ondulaba su suelta cabellera, cayó sentada, como prosternada en una especie de banco natural formado por un otero de hierba, mientras oprimía conulsivamente las manos del conde.

La artista hablaba con emoción tan vibrante, estaba tan hermosa en aquella actitud, y dábale tal parecido á Cristiana la vaga claridad del crepúsculo, que Julio se sintió subyugado y como en éxtasis.

—Concededme sólo la hora que os pido—repitió Olimpia, —y luego obrad como queráis.

—Enhorabuena—dijo el conde de Eberbach,—os la concedo, señora.

—¡Gracias, oh amigo mío!

Alrededor de los dos interlocutores no se veía á ser viviente, y los pájaros mismos no lanzaban sino muy de tarde en tarde alguna voz precursora del sueño. Todo era silencio y melancolía en torno de Julio y de Olimpia. A los pies de éstos, las ondas del río imprimían un lánguido beso á la margen, y encima de sus cabezas, la brisa mecía blandamente las hojas de los álamos.

Olimpia rompió el silencio.

—Sí—dijo la artista con melancólica amargura,—Samuel es vuestro amigo; no os ha abandonado de quince meses á esta parte, y os ha cuidado, devuelto la salud, casado y rodeado de atenciones. Yo, en cambio, me he separado de vos inopinadamente, sin deciros adiós, sacrificándoos á la música, á una ópera, á la representación de un personaje, ¿qué sé yo? Sin embargo, Samuel os traiciona, ¿os bien? y yo os amo.

—¡Que vos me amáis!—profirió Julio, entre admirado é incrédulo.

—Sí, y os amo como mujer alguna os ha amado.

—Ahí una noticia para mí completamente nueva.

—O muy antigua. ¡Pero es tan olvidadizo el ser humano! Sin embargo, no os lo echo en cara. ¡Hace tantos años que os amo!

—¡Tantos años!—profirió el conde de Eberbach—¡pero si no nos habíamos visto nunca hace diez y ocho meses!

—¿Vos lo creéis así?—dijo Olimpia.—¡Triste estrella la de la humanidad! En nuestro pasado hay hechos que hemos ignorado siempre y otros que hemos dado al olvido. Permittedme que os recuerde lo que habéis olvidado y os diga lo que no habéis sabido. Pronto sabréis dónde, cuándo y en qué circunstancias os vi, conocí y amé; mas para no retroceder tanto ¿os acordáis del año primero que estuvisteis en Viena? Derrochabais vuestra vida en pasatiempos, disipaciones, prodigalidades y locuras de toda especie. Teníais sed inextinguible de emociones, de pasión y de escándalo. Parecía que asumíais todos los instintos del libertinaje que, comprimidos durante algún tiempo por una juventud seria y casta, reventaban inopinadamente y enviaban á los cuatro puntos cardinales de la ciudad pedazos de vuestro corazón. En el tempestuoso torbellino que os llevaba violentamente de uno á otro exceso, no pudisteis notar en la obscuridad, al lado de vuestra aparatosa existencia, una pobre mujer, humilde y triste, que os estaba mirando y espiando día y noche con el alma transida de dolor. Aquel triste testigo de vuestros escándalos era yo.

—¿Vos?—interrumpió Julio— ¡pero de esto hace diez y seis ó diez y siete años!

—En aquel tiempo—continuó Olimpia, sin responder directamente á la exclamación del conde,—vos amabais á una bailarina italiana del Teatro Imperial, llamada Rosmonda. Y os cito los nombres para que veáis cuánto sé y de cuánto me acuerdo. Rosmonda se negó á prestaros oídos; pero no erais vos quien cediese ni retrocediese ante escúpulo alguno, ajeno ó propio. Una noche, la Rosmonda estaba en la escena; vos en vuestro palco de proscenio. En el momento en que iba á terminar el baile, os pusisteis en pie, y en voz alta, y á la faz de los espectadores, prohibisteis que nadie arrojara flores ó coronas á la Rosmonda. El joven conde de Heimburgo, que estaba en su palco, frontero del vuestro, no juzgó del caso hacerlo del mandamiento y arrojó un

gran ramo á la bailarina. Al día siguiente vos heríais gravemente en duelo al conde. Durante la representación que vino en pos, no hubo quien arrojara flor alguna á la bailarina; pero el público, que comprendió que debajo de semejante persecución se escondía el amor, y que obedeciéndos demasiado á ciegas podría no complaceros, silbó á quién más á la bailarina; la cual, de regreso en su cuarto, os mandó recado de que os estaba aguardando. Al siguiente día, en el teatro, disteis la señal de arrojar flores, y de ellas cayó una lluvia en el escenario. Yo había asistido á todas las peripecias de este lance; pero como tales amoríos podían no ser sino un capricho, no perdí la esperanza. Sin embargo, al par que vuestras escandalosas relaciones con la Rosmonda, galanteabais asiduamente á la duquesa de Rosenthal, de virtud noble y altiva según la fama. Mas como no era para vuestro carácter aguardar á que su resistencia cediese, y, por otra parte, á ésta le asistía un pretexto irrefutable después de lo ocurrido en el teatro, una noche escalasteis un balcón, rompisteis los cristales y penetrasteis á viva fuerza en el dormitorio de la duquesa, como un ladrón, para no salir de él sino al amanecer y como conquistador. Este amor, empero, podía no ser más que hijo de la vanidad, y seguí esperando. En aquel tiempo había, en la puerta de Carintia, una tienda en la cual se expendían, á la usanza alemana, bollos y café; tienda regentada por una mujer hermosísima, no de veinte años de edad, viuda, y madre de una rubia niña de quince ó diez y seis meses. Dicha mujer se llamaba Berta, y contrariamente á la reina de la leyenda, apellidábanla *Berta de los diminutos pies*. No había quien no se hiciese lenguas de su hermosura, pero nadie hablaba de su coquetería. A la vez que muy tratable, era dignísima: al par que risueña, grave. Desde el día que la visteis, hicisteis el propósito de poseerla; pero Berta, que no era actriz ni duquesa, respondió á vuestros galanteos mostrándoos su hija y diciéndoos: «Este es mi amor». Vos, joven, poderoso y rico, no ejercíais en ella influjo alguno. Vuestro deseo, excitado por el obstáculo, adquirió pronto los caracteres de una pasión real, tanto, que no os apartabais de la puerta de Carintia. ¡Ay! por más que una mujer pertenezca al pueblo y sustente el propósito firme de ser honrada, por casta que sea, acaba por conmovirse ante un amor constante. Berta, á la larga, empezó á miraros con ojos menos indiferentes; á

bien que vos erais no sólo noble y rico, sino hermoso, y ella olvidó al señor para únicamente ver al joven. Pero el rumor de vuestros amores había llegado hasta ella, y no queriendo ser la tercera en vuestro corazón, su orgullo la sostenía aún sin menoscabo. Cuando vos le decíais que la amabais, Berta os preguntaba si la tomabais por la duquesa de Rosenthal ó por la bailarina Rosmonda. Entonces ¿qué hicisteis vos? un día de fiesta citasteis para la tienda de la puerta de Carintia á la duquesa y á la bailarina; y como una y otra se veían obligadas á satisfacer vuestros caprichos, acudieron á la cita, y allá, ante la multitud de desocupados curiosos, presentasteis á Berta á la señora de Rosenthal y á Rosmonda, diciéndoles que aquella era la única mujer á quien amabais y que no queríais amar á otras. Desde aquel día Berta os perteneció... Para que vos, noble y antojadizo, pero esencialmente bueno, hubieseis llegado al extremo de inferir una afrenta pública á dos mujeres á quienes no podíais tildar sino el que fuesen amantes vuestras, era menester que Berta ocupase muy seria y completamente vuestra imaginación. Ello no obstante, todavía y por un momento ensayé forjarne ilusiones. Pero desde aquel día no se oyó más hablar de vos; no parecísteis más en los teatros ni en las tertulias, ni vuestro nombre resonó más en escándalo alguno. Ya no cabía dudar, amabais á Berta. Así es que después de un mes de espera y completamente descorazonada, salí de Viena. Decidme, ¿os parece si estoy al corriente de vuestro pasado? ¿Confesáis que os conozco desde hace mucho tiempo?

—Os creo, señora —respondió el conde de Eberbach convencido;—pero lo que acabáis de decirme no es una prueba. Me recordáis extravagancias de las que fué testigo Viena en peso y que en rigor vos podéis haber recogido de boca de los desocupados ó de las columnas de los periódicos.

—Decís bien, pero quiero ahora recordaros un dato que no pude tomarlo de periódico alguno y que nadie en Viena pudo saberlo. En aquel tiempo vos teníais un criado de confianza llamado Federico; el cual criado os entregó, cada una de las noches en que por vez primera os fuisteis á casa de la Rosmonda, de la señora de Rosenthal y de Berta, un billete lacrado, de contenido exactamente igual cada uno de los tres.

—Es verdad —profririó Julio desarmado.

—¿Queréis que os recuerde lo que aquellos billetes decían?

—Sí.

—No decían sino: *Julio, echáis al olvido á Cristiana.*

—¿Conque erais vos la que me escribíais?

—Yo, sí; había sobornado á Federico.

—Pero si erais vos, señora, y me amabais como decís—repuso el conde de Eberbach,—¿por qué os esforzabais en resucitar en mí este recuerdo, menos muerto quizá que vos os imaginabais? Señora, ¿qué interés os guiaba, para deshaceros de rivales de una hora, al despertar á una, la más peligrosa y duradera de todas?

—Salí de Viena —continuó Olimpia sin responder á Julio, —y me volví á Venecia. Prefería renunciar por completo á vos á no participar de vos en compañía de otras; y es que yo os amaba no por capricho ó por vanidad, sino con amor santo y profundo, celoso y puro, y os quería todo entero, al igual que yo me hubiera dado entera. Pero vos pertenecíais á tantas mujeres, que ya no pertenecíais á nadie, ó si á alguien pertenecíais, era á Berta. Partí, pues, y procuré olvidaros; mas como entre nosotros no había sino el espacio, y éste no basta, intenté suplir el espacio con lo infinito, el arte. Hasta entonces no había yo buscado en la música sino una existencia honrosa é independiente: cantaba para ganarme el sustento de los vestidos, sin pagarlos al precio á que suelen hacerlos pagar á las jóvenes desvalidas. El sustento y, á lo más, los aplausos eran lo que constituían para mí el teatro; pero desde entonces busqué en éste otra cosa, y en él puse vida, corazón y alma. La pasión que vos desechabais, la apliqué á la música, á los grandes compositores y á las obras maestras. Durante los primeros meses no hallé, sin embargo, compensación suficiente: mas poco á poco fué apoderándose de mí el ideal y me transportó á un mundo superior al en que vivimos. No olvidé, pero mi pasión se convirtió en el sentimiento suave y melancólico que el recuerdo de un ser querido nos inspira. Parecíame que vos estabais muerto; por un singular efecto de la inmortalidad del arte, antojábaseme que vos, que vivíais en medio del bullicio, de las fiestas y de los placeres, habíais muerto, y yo, que no existía sino para el arte y en el arte, que estaba separada de todos y de todo, que no experimentaba otra emoción ni sentía más interés que por personajes ilusorios y sufrimientos imaginarios, parecíame que era yo la que vivía. Nunca más volví á poner los pies en Viena; lo

único que hice fué enviar á ella á mi pobre Gamba, aunque con orden de no dejarse ver, para saber qué era de vos. La primera vez me hizo saber que vuestros amores con Berta habían muerto y vos dádoos nuevamente á la disipación. Luego, cada año regresó de Viena contándome nuevos escándalos y lances ruidosos de los que vos erais el héroe, lances y escándalos que me hacían refugiar más y más en el amor de Cimarosa y de Paisiello. Entretanto los años iban transcurriendo, y la vida fogosa y enardecida que llevabais os iba gastando poco á poco. Por fin, cuando el año pasado os enviaron á París, pude esperar que ibais á romper con tanta pasión y tantos placeres. Resuelta esta vez á veros, á acercarme á vos y á experimentar el efecto que os producía el parecido que me constaba existía entre yo y la esposa que perdisteis, me vine á esta capital, á la que llegué antes que vos.

—¡Qué! ¿también sabíais esto, señora?—preguntó el conde.

—Al principio creí haber logrado mi objeto—continuó Olimpia;—á lo menos vos me disteis á suponer que yo había reanimado en vos el recuerdo de la difunta. Os restituí á vuestro amor primero para rejuvenecer vuestro corazón, para purificarlo y para, antes de ocuparlo yo, desembarazarlo de todas las frivolidades y ruines galanteos que durante tan largo espacio de tiempo usurparan el lugar de los afectos sinceros y profundos. Vos os ibais convirtiendo, si bien lentamente, en el que yo había deseado, en el que tal vez fuisteis antes de llevar la vida de disipación, corruptora, que llevasteis en Viena; pero en el instante en que iba yo á ver realizado mi anhelo, la vida de Viena vino á apoderarse de vos inopinadamente en la persona de esa princesa de quien fuisteis su amante. ¡Oh! cuando la noche de la *Mutta*, en la Ópera, os vi entrar en vuestro palco con aquella mujer altanera, depravada é insolente, conocí que la volteriedad y los placeres no sueltan nunca más á aquel á quien han echado una vez la garra. Mi última ilusión quedó desvanecida, é hice en París lo que en Viena en idénticas circunstancias: huf; huf, sí, caballero, transida de dolor, y tomé el mismo día el camino de Venecia. Ahora bien, ¿creéis que os amo y podéis far en mí?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N.M.L.

La reparación

—¡Gracias!—dijo el conde de Eberbach, asiendo las manos á Olimpia.—Sí, os creo, necesito creerlos. Tantos afectos y tantas simpatías me han salido fallidos, que os juro me mueve profundamente el encontrar una franca y duradera. Olimpia, os agradezco de corazón la voluntad que me lleváis desde hace tanto tiempo y de la cual hoy es la primera vez que me dáis pruebas. A esto se debe el que haya pasado por mi lado un alma devota, sin yo advertirlo. No os he conocido, y de conoceros, es probable que no hubierais hallado en mí buena correspondencia. No os arrepintáis, pues, de no haber venido á mí hace diez y ocho meses, porque de haberlo hecho no os hubiera amado, como no he amado á ninguna de las mujeres que tan sin fundamento os han despertado los celos.

Ahora era Olimpia quien miraba con asombro al conde.

—¡Ah!—continuó éste—si hubieseis visto lo que pasaba en mí cuando me entregaba á aquellos escándalos que provocaban la risa ó la indignación de Viena, estad segura de que no hubierais envidiado á la señora de Rosenthal, ni á la Rosmonda, ni aun á Berta de los pies diminutos. Lo que yo hacía era levantar mucho ruido en torno mío para apagar una voz que sollozaba en mi alma. ¡Ay! no era yo capaz de experimentar un afecto digno de vos; mi corazón había muerto con la única mujer á quien he amado en toda mi vida: Cristiana.

—¿Es cierto lo que decís?—preguntó Olimpia, que no pudo reprimir un impulso de gozo.

—Para mí Cristiana nunca ha dejado de existir. ¡Pobre ángel querido! Vos sin duda sabéis cuán horrorosamente

pereci6. ¡Ay! impresiones son estas que quedan perennemente fijas en la mente de un hombre. Si vivo, es porque me ha retenido y llevado el instinto de la bestia; he procurado olvidar, cerrando los ojos y oídos; pero ante mí veo siempre la abierta boca del abismo, y oigo resonar incesantemente el siniestro grito que subió de las entrañas de la tierra. Cristiana no tuvo sepultura material, pero yo se la erigí en mi corazón, y á doquiera voy la llevo conmigo. En casos semejantes el hombre hace que ríe y canta, que bebe y ama, y tanto más frenéticamente se entrega al desenfreno y á los placeres cuanto más agudo es el dolor que experimenta. ¡Ay, sefioral ¡cuando vos me escribais los billetes en que me recomendabais que no me olvidase de Cristiana, creiais arrancarme del escándalo y de la orgía y me hundiais más en ellos. Precisamente porque me acordaba excesivamente de Cristiana, hacia yo todo lo imaginable para acabar con mi vida, para siempre más insoportable. Ella se precipitó en una sima, yo me arrojé á ciegas en brazos del vicio; así cada uno de nosotros hemos caído en un abismo. Era el único modo de reunirme cuanto antes á ella.

—¿De veras es cual decís?—profririó Olimpia conmovida. —¡Ah! ¡como yo lo hubiese sabido!

—¿Qué podiais haber hecho?—replicó el conde de Eberbach.

—Algo que probablemente hubiera modificado vuestra existencia y la mía.

—¿Qué?—preguntó Julio con incredulidad.

—Lo pasado ya no tiene remedio—dijo Olimpia;—pero ahora veo que en vez de pedir os perdón para uno, como creía, me es menester solicitarlo para dos.

En esto el sol, llegado al más bajo horizonte, desapareció de improviso, no dejando en la penumbra, más y más sombría, sino dos ó tres nubes iluminadas de rosados reflejos.

Julio, que advirtió la caída del día, se levantó y dijo:

—No os perdono, Olimpia, os doy las gracias. Pero decís bien, lo pasado no tiene remedio: vuestro amor no habrá sido para mí sino la despedida de ese reflejo del sol á nuestro hemisferio. Ahora todo pertenece á las tinieblas, el cielo á la noche, mi corazón al odio.

—Existe una persona—profririó con gravedad Olimpia,—á quien efectivamente os cabe el derecho de odiar.

—Sí, Lotario.

—No, Samuel Gelb.

—¿Tenéis pruebas?—preguntó Julio sin ambages.

—¡Oh!—repuso la artista, cuyos ojos se llenaron prontamente de lágrimas—tales, que aun tratándose de salvaros vida y alma he vacilado por un instante entre si os las daría ó no os las daría.

—Hablad.

—Vos me habéis dicho que fiabais en mí, pero necesito que me lo repitáis, ya que no me quedará sino morir de vergüenza y de dolor si lo que voy á referiros no os convence. Decidme, ¿creéis en mi sinceridad?

—Como en la traición de Lotario.

—Lo que voy á revelaros—profririó Olimpia haciendo un sobrehumano esfuerzo sobre sí misma,—se remonta todavía más allá de vuestra estancia en Viena, al tiempo en que os conocí y nació mi amor por vos. Acababais de casaros y vivíais en el castillo de Eberbach.

—¿Pero cómo pudisteis conocerme y amarme en Eberbach, si en este castillo no vivía conmigo más mujer que Cristiana?

—Por favor os pido que no me interrumpáis—repuso Olimpia,—pues no tengo bastante con toda mi presencia de espíritu y toda mi fuerza de voluntad para contaros lo que vais á oír. Vos creéis en la amistad de Samuel Gelb, y yo voy á haceros patente lo que él siente por vos; vos dudáis de que sea él quien ha perdido á Federica, y yo os demostraré que es él quien perdió á Cristiana.

—¡Perdido á Cristiana!—exclamó el conde de Eberbach.

—Sí—profririó Olimpia,—Cristiana se precipitó en el abismo, pero hubo quien la empujó á él. Aquel suicidio fué un asesinato, y el asesino es Samuel Gelb.

—¿Quién os ha dicho esto?—preguntó Julio palideciendo de improviso.

—Continuad escuchándome, y por fin lo sabréis todo.

La artista contó entonces al conde, ó más bien le recordó cuanto pasara entre Cristiana y Samuel, desde la casa del pastor de Landeck hasta el castillo de Eberbach; el primero é involuntario ímpetu de repulsión que había producido en la cándida hija del pastor la brutal ironía de Samuel; la imprudencia que cometiera Julio al revelar á su antiguo amigo la impresión de Cristiana; el resentimiento que de esto se

había originado en el carácter vano é imperioso de Gelb; las amenazas de éste á Cristiana y sus declaraciones infames, de las que la desventurada no osara hablar á su marido, temerosa de provocar un duelo entre el compañero de su existencia y aquel malvado de quien conocía la incontrastable pericia en la esgrima; y por fin la noche de la partida de Julio para América, donde se estaba muriendo su tío, la súbita enfermedad de Guillermito, la intervención de Samuel, y el monstruoso precio á que éste vendiera á la madre la vida del niño.

Julio escuchaba á Olimpia jadeante, con los ojos preñados de rayos, la fiebre en las sienes y los dientes apretados.

—¡Ay!—profririó Olimpia, escondiendo el rostro entre las manos—¡odioso y tremendo minuto aquel en que la desventurada madre se vió constreñida á escoger entre su marido y su hijo! ¿Qué podía una mujer caída en el lazo que armara aquel demonio? El pobre Guillermito estaba agonizando en su cuna, é imploraba la vida, y no podía llegar médico alguno antes de dos horas, las suficientes para morirle treinta veces... Y allá, entre la cuna del hijo y la cama de la madre, un hombre decía: «A cambio de diez minutos de vuestra vida, os doy entera la de vuestro hijo.» ¡Ah! ¡tales contingencias son superiores á las fuerzas del pobre corazón humano! ¡El marido debería no separarse nunca de su mujer cuando ésta tiene hijos!

La artista se calló, cual si se viese imposibilitada de continuar. Julio no se atrevía á instarla para que lo hiciese.

—Sí, Samuel hizo aquella atroz proposición—repuso Olimpia anudando su relato; y luego y como queriendo acabar de una vez, añadió atropelladamente:—y Cristiana la sufrió...

—¡La sufrió!—exclamó Julio con acento de rabia.

—El niño vivió...—dijo Olimpia.—Pero no os estremezcáis tan pronto, todavía no hemos llegado al fin; no estamos sino al principio. Escuchad. Dios no ratificó el horroroso pacto consentido por la maternidad en provecho del crimen. No quiso que lo porvenir de aquel endeble é inocente niño descansase en tal ignominia y en tal oprobio; que Guillermito viviese á costa de tal infamia... Guillermito voló al cielo, con lo que resultó que Cristiana había sacrificado á su marido y no conservado á su hijo. Perdióse la mujer,

sin que la madre sacase provecho alguno. ¿Verdad que es horrible? Pues todavía esto es nada en comparación de lo que sobrevino después. Cristiana experimentó algo más horroroso que enterrar á su hijo: sintió otro en sus entrañas.

—¡Oh Dios!—exclamó Julio.

—¿Comprendéis cuánto hay de terrible en estas palabras? otro hijo. ¿Hijo de quién? Aquella espantosa noche era la del día mismo en que dejasteis á Cristiana para emprender el viaje. ¿De quién era, pues, el hijo que ésta sentía en sus entrañas? ¿Vuestro ó de Samuel?

Julio no profirió palabra, pero su gesto habló por él.

—¿No era aquella una situación verdaderamente dolorosa? Cristiana no podía suicidarse, porque no hubiera matado á sí sola. Así pues, aguardó, sombría, aislada, llena de amargura, maldiciendo cielo y tierra, pensando en ocasiones que el hijo que se movía en su seno era vuestro y queriendo vivir para amarle, é imaginando, á las veces, que era del otro y deseando acabar consigo para matarle. Tan repetidos embates no eran para sobrellevados por sus fuerzas. Joven y no acostumbrada á las emociones violentas, por la noche la despertaba sobresaltada un pensamiento que le erizaba los cabellos: tal pensamiento era si os lo revelaría todo, ú os lo ocultaría; si seguiría viviendo dejando entre vos y ella ese terrible secreto; si posaría en vuestros labios sus labios que otro había mancillado; si podría llamarse vuestra al salir de los brazos de otro. Esto y más pasaba con la furia de una tempestad por la imaginación de aquella pobre mujer, cuya razón se arremolinaba cual hoja seca arrastrada por el viento invernal... Cristiana enloquecía... Guillermito murió de noche, á la hora misma en que su madre sufriera de Samuel el tan horrible como inútil oprobio. Cristiana cayó de rodillas pasmada, helada de espanto; produciéndole la sacudida una conmoción tan extraordinaria, que le hizo sobrevenir los primeros síntomas del parto. En el mismo instante acudió vuestro padre, y, para consolarla, le entregó una carta en la que vos anunciabais vuestro regreso de América y vuestra llegada para el día siguiente. Eran demasiadas emociones á la vez para soportadas. Guillermito acabó de morir, vos llegabais, y como si esto fuese poco, se declaraba el parto. ¿Qué criatura de carne y hueso lo hubiera resistido? Cristiana sintió que la razón la abandonaba completamente... La desdichada nada dijo á vuestro padre; el cual, por otra parte, atribuía la sobreexcitación de aquella á la muerte de Gui-

lhermito. Pero una vez el barón de Hermelfeld se hubo acostado, Cristiana se encaminó corriendo y casi desnuda á la choza de Gretchen, de Gretchen, cuya razón corría parejas con la de vuestra esposa. ¡Ay! lo que aquellas dos mujeres se dijeron hubiera movido á compasión á un monstruo. La cabrera juró guardar para siempre jamás el secreto de lo que iba á pasar, y poco después Cristiana, nuevamente madre, tuvo un desmayo. Cuando volvió en su acuerdo ésta, Gretchen y el recién venido al mundo habían desaparecido, el uno para volver á la tierra apenas nacido, la otra para darle sepultura. Cristiana no quiso aguardar el regreso de la cabrera, sino que impulsada por su única idea de no volver á encontrarse nunca jamás en presencia de su marido, se levantó, escribió cuatro palabras de despedida, echó á correr con todas sus fuerzas hacia la Boca del Infierno, y después de haber suplicado á Dios que la perdonase, se precipitó de cabeza en ella.

—¿Pero cómo sabéis todo eso?—preguntó Julio.

—Si cuanto acabo de decir es verdadero—profirió Olimpia sin responder á la pregunta—¿no es un monstruo Samuel Gelb?

—¡Oh!—exclamó el conde de Eberbach—no existen palabras con que calificarlo.

—¿Y ahora creeríais vos, al veros víctima de una traición, que el traidor es el leal y abnegado Lotario, ó bien el infame que de tal suerte perdió y asesinó á Cristiana?

—¡Una prueba! ¡un testigo!—exclamó Julio con ira—y no será Lotario á quien yo mate, sino á Samuel.

—¡Un testigo!—profirió Olimpia.—¿Qué testigo queréis?

—Sólo una persona cuya palabra la estimase yo como una prueba, porque acusándole á él se acusaría á sí misma; pero hasta lo presente he creído que ésta estaba muerta.

—Tal vez—dijo Olimpia.

—¿Tal vez?—repitió Julio con voz alterada por un temblor indecible.

—Miradme—dijo Olimpia levantándose.

Los dos estaban en pie. La postrera vislumbre del día iluminaba el rostro de la artista, semi envuelta en sombras, no haciendo resaltar de él sino el conjunto y el óvalo. La noche esfumaba, borraba las modificaciones que el tiempo debía de haber hecho en aquella noble y hermosa cabeza.

Olimpia miraba á Julio, no ya con los ojos imperiosos de la altiva artista, sino con la inefable dulcedumbre de la mujer que ama.



—Miradme—dijo Olimpia levantándose.

La mirada, el gesto, el semblante iluminaron como un relámpago el corazón de Julio, que exclamó:

—¡Cristiana!

Dos horas después de la escena que acabamos de describir, el conde de Eberbach, Lotario y el embajador de Prusia se encontraban reunidos en el mismo gabinete donde por la mañana el primero había arrojado su guante al rostro de su sobrino.

— Señor embajador—dijo Julio al representante de Prusia, —os agradezco que hayáis tenido á bien trasladaros por un instante á esta pieza en nuestra compañía; pero pronto vamos á dejaros libre. Aquí es donde y delante de vos esta mañana he inferido el agravio, y aquí y también delante de vos donde esta noche debo repararlo. Confieso y declaro en alta voz que he obrado malamente y que he sido juguete de un grosero engaño y de una traición infame.

Y volviéndose hacia su sobrino, hincó una rodilla en tierra y añadió:

—Lotario, os pido perdón.

—Mi bueno, mi querido padre—profirió el joven abalanzándose á su tío y deteniéndole, mientras se le saltaban las lágrimas,—abrazadme y no se hable más del asunto.

Tío y sobrino se abrazaron con efusión.

—Por mi vida—dijo el embajador,—que me llena de gozo el que este asunto haya terminado de esta manera. Siento por Lotario un afecto y una estimación tan sinceros, que no me era posible suponer sino que cuanto ha pasado era hijo de un error que acabaría por hacerse patente. No podéis imaginaros cuán íntima satisfacción experimento al ver que no me había equivocado.

—Si apreciáis un poco á Lotario—repuso el conde de Eberbach estrechando la mano al embajador,—quiero solicitar algo de vos para él y para mí.

—Decid—profirió el embajador,—estoy á vuestras órdenes.

—Por causas gravísimas—repuso Julio,—es necesario que mi sobrino desaparezca por espacio de algún tiempo. Debía volverse al Havre, esta tarde ó mañana, para presidir el embarco de los emigrantes alemanes y para dar las últimas instrucciones al delegado que les acompaña y va á instalarles. Pues bien, Lotario solicita reemplazar al delegado ese y acompañar personalmente á los emigrantes.

—Si este es su deseo formal y es del todo necesario...—dijo el embajador.

—Lo es—respondió Julio;—de este modo él desaparecerá por durante el tiempo que es menester; al entrar en la embajada se ha escondido y nadie le ha visto, y al salir se esconderá también. Conviene que nadie haya sabido de él desde esta mañana. Dentro de tres meses estará de regreso, habiendo prestado un servicio á su patria y permitiéndome á mí dar cumplimiento á lo que debo.

—Conforme—dijo el embajador.

—Partirá bajo un nombre supuesto á fin de que en el Havre nadie pueda denunciarle.

—Le expediré un pasaporte con el nombre que él me indique.

—Gracias, conde—dijo Julio.—Ahora, Lotario, parte inmediatamente; un segundo de retardo puede echarlo todo á perder. Saluda á su excelencia y abrázame.

Luego, Julio dijo al oído de Lotario:

—Abrázame también en nombre de Federica, tu mujer.

XVIII

Preparativos de la venganza de Julio

Cristiana era dichosa, y, sin embargo, dos nuevos dolores, que constituían para ella dos nubes sombrías en cielo purísimo, habían sustituido á los que hasta entonces la martirizaran. Julio, bueno y magnánimo en el primer arrebató de gozo que experimentara al hallar otra vez á su esposa, en la esencia ¿cómo juzgaba de lo pasado? Solicito en aceptar las explicaciones de Lotario y dado á éste una reparación pública, ¿cuáles eran sus designios por lo venidero?

Al día siguiente de la partida de Lotario, Julio, después de haberse quitado de delante á Samuel, so pretexto de que tenía

necesidad de reposo, mandó enganchar y se fué á casa de aquella que para todos continuaba llamándose Olimpia, pero que para él no era ya sino Cristiana; la cual le estaba aguardando y le acogió con sonrisa suave y melancólica.

—Parece que estás triste, Cristiana mía—la dijo Julio, que advirtió inmediatamente la nueva señal de amor de su esposa, es decir, la preocupación en que ésta estaba sumergida.

Cristiana movió la cabeza.

—No quiero que estés triste—repuso Julio.—Vamos á ver, ¿por qué lo estás?

—¡Ay de mí!—respondió Cristiana,—por muchas razones.

—¿Cuáles?

—Ellas son fáciles de adivinar, Julio; pero yo no me siento con fuerzas para decíros las.

—¿Todavía obedecen á lo pasado?

—En primer lugar, sí.

—Cristiana—dijo Julio asiendo las manos á su mujer,—en el mundo sólo hay un ser á quien le quepa el derecho de juzgaros: yo. Pues bien, yo, vuestro marido, os absuelvo, y os amo, y os digo que sois la criatura más pura y noble que he conocido en todos los días de mi vida, y declaro que vuestra falta es de aquellas por las cuales las santas harían don de sus virtudes.

—¡Cuán bueno sois!—profirió Cristina, conmovida y llena de gratitud;—pero no es únicamente eso lo que tenéis que perdonarme.

—¿Os referís al secreto que habéis guardado por espacio de diez y siete años y á la soledad en que durante este tiempo me habéis dejado? Escuchad, Olimpia, aun en esto hemos salido gananciosos. El engaño que os ha alejado de mí so pretexto de mentidas pasiones de las que hiciste mal en estar celosa, y que no eran sino la desesperación de mi amor por vos; este engaño, repito, por cruel que haya sido para ambos, tal vez debamos mirarlo como un favor de la Providencia.

—¡Oh! probadme lo que me decís—profirió Cristiana,—porque todo mi arrepentimiento estriba en pensar que vos me echabais de menos, y que en vez de volar á vos, os he abandonado á los placeres vanos, á los tedios ruidosos, á todas las llamas que tantos estragos causan al corazón. ¡Ay! ¿cómo no oí que me llamabais y por qué no acudí presurosa á vuestro llamamiento?

—De haber obrado vos así, y reveládome entonces lo que

ayer, reflexionad qué habría sucedido: me habría batido con Samuel, en cuyas manos es más que probable hubiese acabado yo mis días. En este caso, yo á lo menos habría gozado de reposo: pero vos ¿qué vida hubierais llevado, añadiendo mi muerte á vuestros dolores? Os habríais acusado, echádoos en cara el haber hablado y teniédoos por la verdadera causa del derramamiento de mi sangre. Y ahora suponed que yo, en lugar de perecer, hubiese matado á Samuel. ¿Qué existencia habría sido entonces la nuestra, al ver incesantemente interpuesto entre vos y yo aquella noche fatal? Hoy os absuelvo y os bendigo, porque la proximidad de la muerte apaga en mí la pasión y da serenidad y rectitud á mi alma. En lo presente juzgo con tranquilidad, tanta, que al igual que no echaría en cara á una pobre víctima el pistoletazo que un asesino le disparara á quemarropa, no me pasa por la mente reprocharos la desgracia que vos padecisteis; pero diez y ocho años atrás, en el vigor de la juventud y devorado por los celos del amor, no hubiera raciocinado con la calma que hoy, ni mirado si vos erais ó no culpada, sino que la sangre se me habría subido á la cabeza y os hubiera acusado de una desdicha de la que vos habríais indudablemente padecido más que yo. Sobre haber entonces acarreado vos mi desventura, yo habría sido artífice de la vuestra. Además, ¿cuál no hubiera sido vuestra turbación, en presencia mía, aun cuando yo hubiese tenido la fuerza de voluntad de disimular mi pesadumbre? ¿Cómo habríais soportado mi mirada, siempre fija en la mancha caída en nuestra honra, por más que esta mancha fuese involuntaria? ¿Cuál habría sido nuestro amor en semejante falsa posición, yo ocultando un resentimiento amargo, y vos inocente y mancillada? Consolaos, Cristiana, y regocijaos de no haber creado á vos y á mí semejante infierno, y de que no hayamos vuelto á reunirnos sino cuando el tiempo, los padecimientos y la disipación han matado en mí la vanidad y los celos, y á vos el dolor, la abnegación y la transfiguración del arte os han purificado y santificado. Podemos, por lo tanto, vernos sin que yo sea injusto y sin que vos tengáis que sonrojarnos. Ya veis que no hay para qué os arrepintáis de haber prolongado nuestra separación, y que muy al contrario de darme por ofendido de ella, me hallo en el caso de daros las gracias.

—¡Oh! no, yo soy quien debo tributároslas—exclamó Olimpia estrechando las manos á Julio.—¡Cuán hondamente conmueven las fibras de mi gratitud vuestras bondadosas pala-

bras! podfais haber convertido para mí mi pasado en un remordimiento y casi lo trocáis en un mérito. ¡Gracias! ¡gracias!

Sin embargo, Julio halló, al día siguiente, á Olimpia todavía triste; y es que ahora que lo pasado, libre ya de toda mancha, no la mortificaba, lo porvenir se le presentaba tenebroso y preñado de dudas.

— ¡Ay! Julio mío—respondió Olimpia á las preguntas del conde,—no puedo menos de entregarme á la meditación. Habéis sido bueno y amante como Dios; pero por desgracia no podemos deshacer lo pasado absolviéndolo: éste nos sujeta y no hay fuerza que le haga soltarnos. De haberos yo dicho, diez y ocho años atrás, lo ocurrido, os hubierais baido con Samuel Gelb y llevado nosotros una existencia desdichada; pero de habérselo manifestado hace un año, no habríais casado con Federica y los dos podríamos ser venturosos.

Por toda contestación, Julio dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Ahí lo que mi silencio ha causado, la separación de esos pobres muchachos que se aman...

—No van á estar mucho tiempo separados—murmuró el conde.

—Y el que vos seáis marido de dos mujeres—añadió Cristiana, que no había oído á Julio.

—Ante Dios no tengo ni he tenido sino una—profririó éste.

—Bien, sí, pero ¿y ante la ley?—repuso Cristiana.—Y para vernos nos vemos obligados á ocultarnos. Como supiesen que vos venís aquí, á mi casa, me apellarían amante vuestra, y Federica creería que le usurpo su lugar, siendo así que es ella quien usurpa el mío. Ved á qué situación hemos llegado; siendo lo peor, que no tiene salida.

—Os equivocáis, Cristiana, la hay—dijo Julio.

—¿Cuál?—preguntó la cantarina estremeciéndose.

—Una, y próxima, á la que los dos debemos considerar con entereza y aun con gozo. A escondidas de Samuel, he consultado con algunos médicos, los cuales me han confirmado las predicciones de éste respecto de mi salud. Así pues, sosegaos; como no tardaré en morir, el apuro en que estamos metidos va á desaparecer dentro de poco.

—¡Este es vuestro modo de tranquilizarme!—exclamó Cristiana estremeciéndose de pies á cabeza y fijando en Julio,

con los ojos arrasados en lágrimas, una mirada de reproche y de dolor.

—¡Oh!—repuso el conde de Eberbach—ahora puedo morir, porque moriré dichoso, llorado y querido; porque no exhalaré el último aliento sin haber perdonado, y (añadió en voz más queda) sin haber castigado.

—¡Ah! ahí lo que yo me temía—dijo Cristiana;—vos queréis castigar á Samuel Gelb, ¿no es verdad?

—Sí—respondió Julio;—todavía tengo que llenar este cometido en la tierra, y estoy seguro de que Dios no va á llamarme á sí antes de haber yo cumplido con este último deber.

—¡Julio!—exclamó Cristiana—no os las hayáis con ese canalla; alejaos de él, evitadle, y dejad á la Providencia el cuidado de castigarle. El infame no evadirá la pena, tened fe en la justicia divina; cual á la víspera su propio veneno, le matará su crimen.

—No insistáis, Cristiana—dijo Julio con gravedad y sosiego;—mi resolución es inquebrantable. Debo morir, y quiero que mi muerte reporte algún provecho.

—Por favor no profriráis semejantes palabras. ¡No, no quiero que os muráis!—dijo Cristiana deshecha en llanto.

—No te aflijas, mi pobre y querida esposa hallada—profririó Julio conmovido,—pero es verdad que los médicos no me han ocultado que para mí no había remedio.

—Sí, hay uno—repuso Cristiana,—yo. Los médicos ignoraban que yo existiese y que iba á parecer de nuevo.

—Demasiado tarde—repuso Julio.—Estoy extenuado, y conozco que á lo más me queda el tiempo y la fuerza necesarios para salvaros á todos. Muerto yo, todo volverá á encauzarse, y Federica y Lotario se casarán.

—Pero ya no estaréis vos para protegerlos contra Samuel.

—Yo te respondo de que Samuel nada podrá contra ellos y de que desaparecerá lo singular de tu posición, dejando de ser la esposa del marido de otra. Ya ves que es la única solución que nos queda á todos nosotros.

—Hay otras—dijo Cristiana.

—Indícame una.

—Podemos salir de París los dos, desaparecer, ir á ocultarnos en un rincón de América y dejar á Federica y á Lotario que se quieran.

—¡Sí, y librados al odio de Samuel!— profirió el conde de Eberbach.—¿Qué sería de ellos, tan jóvenes y tan puros, en manos de ese demonio? Además, vivo yo, no podrían casarse; de consiguiente, ¿qué ganarían con ello?

—Existe el divorcio—arguyó Cristiana;—la ley y la religión de nuestra patria lo permiten.

—¿El divorcio?—profirió Julio,—sí, más de una vez he pensado en él; cuando mi orgullo estaba celoso de Lotario; pero nuestra ley y nuestra religión, al autorizarlo, le han rodeado de condiciones y de obstáculos. ¿Qué razón alegaría yo? ¿Confesar la verdad? Sería deshonrarte á ti; ¿repudiar á Federica? Sería deshonrar á ésta. Además, ¿qué diría la gente al ver á Lotario casar con la mujer divorciada de su tío? ¿No supondría que si yo me he separado de ella era por una causa y que esta causa era precisamente la misma que la habría impulsado á unirse á Lotario? ¿No dirían que antes de ser esposa de éste era su amante? Ya ves que el divorcio es imposible, y que, so pretexto de hacer libres y dichosos á esos muchachos, lo que haríamos sería labrar su desventura.

—No quiero que te mueras—dijo por toda contestación Cristiana.

—Sobre esto es inútil discutir—repuso cariñosamente Julio.—¡Oh alma mía! acostúmbrate á la idea de que estoy condenado y que poder alguno humano es capaz de prolongar mi vida. No se trata de un suicidio; no me mato, me muero. Así pues, no me exijas lo que no puedo darte. Aun cuando yo no me resignase; por más que me sublevase contra la necesidad que me apremia; aunque me dejase llevar de la ruindad y la vileza, no añadiría una hora á las que me quedan de vida. No depende de mí el retardar mi fin, ni puedo aceptar ó rechazar la muerte; pero sí hacer que sea provechosa. Desde el momento, pues, que es inevitable y necesario que yo muera, tú misma no puedes oponerte á que expire á lo menos del modo más beneficioso. No trueques los términos del asunto: que he de morir me es indudable. ¿Cómo? ahí está el quid.

Julio hablaba con tal autoridad y certidumbre tanta, que Cristiana conoció que era inútil toda objeción y no replicó más sino con lágrimas.

—Mi resolución es definitiva—prosiguió el conde.—No temas, os salvaré á todos, y moriré tranquilo, dejándoos con-

tentos de mí. Ya verás. ¡Oh mi querida ternura resucitada! he arrastrado durante tantos años una vida tan inútil y vacía, que te ruego no me regatees el inmenso gozo de terminarla con provecho. Ya que no he hecho sino desventurados, empezando por mí, deja que en los contados minutos que de existencia me quedan libre la dicha de algunos. ¡Si tú supieses cuán huecos han resonado mi corazón y mi vida de diez y ocho años á esta parte! Permíteme, pues, que hínche de ventura á dos corazones, en quienes sobreviviré y en los que viviré más que no he vivido en mí mismo. ¿A esto llamas tú muerte? ¡Ay! cuando me encontraba en Viena; cuando me aniquilaba en distracciones estériles; cuando aturdía á mi alma con el desorden de mis sentidos, y desparramaba á los pies de los transeúntes mis amores de una noche y mis escándalos vulgares, entonces sí que estaba yo realmente muerto y enterrado en el cieno de los placeres; en lugar que ahora mi alma vivirá en el amor, en la pureza y en la gratitud de esos dos hermosos muchachos á quienes habré salvado y casado. ¡Ah! ¡Cristiana! por el amor que hacia mí has conservado, te ruego no me envidies esta resurrección de nuestro pasado en su porvenir.

—Enhorabuena—profirió Cristiana,—pero muramos los dos.

—No—repuso Julio;—tú no estás condenada por los médicos; por lo tanto debes quedarte en la tierra, en primer lugar por Dios, que todavía no te llama, y luego por mí, á fin de que yo viva en un corazón más.

Cristiana, perdida su última esperanza, guardó silencio.

—Oye—continuó el conde,—te habla un muerto, y debes obedecerme como obedecerías á mi testamento.

—¿Qué debo hacer?—preguntó Cristiana.

—Has dicho hace poco—prosiguió Julio en voz baja y casi solemne—que la causa de encontrarse ahora separados Lotario y Federica era tu sobrado largo silencio. Pues bien, en lo presente te corresponde á ti trabajar para reunirlos, y en vez de oponerte á lo que voy á emprender con este fin, debes secundar mis proyectos y coadyuvar á mi plan, sea éste cuál fuere. Reparemos el mal que hemos causado, y por más que luego suframos, habremos cumplido con nuestro deber.

—Estoy pronta—dijo Cristina con resignación.

—Ahí lo que debes hacer: te vas á ir á Eberbach, para

conducir de nuevo á París y en secreto á Federica, á quien tranquilizarás, pues debe de estar en zozobra. Una vez en París, vivirá contigo, y la protegerás y harás para ella las veces de madre. Nadie ¿oyes? absolutamente nadie debe saber que tú estás aquí y que ella vive á tu lado, Interin, yo proseguiré mi obra.

—¿Qué obra?

—No me interrogues.

—¡Oh!—exclamó Cristiana—¿tan horrible es lo que os proponéis, que no os atrevéis á decirme á mí que os he hecho sabedor de sucesos tan espantosos?

—La piedra de toque de mi triunfo es el misterio—dijo Julio.—Si las paredes sospechasen lo que quiero hacer, todo se vendría al suelo. Es menester que Samuel se sumerja en la más profunda tranquilidad; que no recele de nada; que, cual en lo pasado, me crea su juguete. De lo que me propongo llevar á cima, no me hablo ni á mí mismo, y aun me esfuerzo en no pensar en ello, temeroso de que no se me trasluzca en el semblante. Llegado el momento, saldrá súbito de mi corazón, como león de su cubil, y ¡ay del que se sentirá asido de la garganta!

El conde de Eberbach se detuvo como temeroso de haberse excedido.

—Basta que sepas—continuó Julio—que mi labor es doble, es decir, que al mismo tiempo que á mi familia, serviré á mi patria. ¿Y tú que me amas quisieras arrebatar me el supremo consuelo de tocar tales resultados con mis ya heladas manos? Ea, sé grande, sé inteligente, sé superior á las mezquinas consideraciones que prefieren la vida al alma; dame tu consentimiento; dime que me permites morir y prométeme que no querrás deshacerte de la existencia.

—Os prometo no matarme—respondió Cristiana,—pero no morir.

XIX

Donde se ve que á Gamba no le asustan los espectros

Hemos dejado á Gretchen muda de religioso terror ante la aparición de Cristiana en la Boca del Infierno.

La superstición de la cabrera, el crepúsculo, que de formas tan fantásticas reviste á los objetos y por tal modo sumerge al alma en la indecisión, la presencia de la sima misma donde se precipitara Cristiana, todo contribuía á trastornar singularmente el ánimo de aquella.

Gretchen había evocado á Cristiana, y tenía ante sí el espectro de ésta, y al par que llena de terror se sentía henchida de gozo. Así es que al través del terror indecible que le causaba tan inopinada entrevista con el misterio de la muerte, sentía grande alborozo al ver de nuevo, tras una separación tan violenta y pronta, á la apacible y tierna criatura á quien se diera, á su querida señora, á su hermana mayor.

—Levántate, Gretchen mía—repitió Cristiana,—y vayámonos á tu choza, donde te lo revelaré todo.

La cabrera se levantó sin pronunciar palabra. ¡Y cómo podía haber hablado si la emoción hasta le impedía respirar! Por otra parte, ¿qué aprovechan las palabras cuando uno se las ha con espectros, si éstos leen lo que pasa en el alma de los vivos?

Gretchen, seguida de Cristiana, tomó el camino de su choza, á la cual llegaron sin haber encontrado, durante el trayecto, á persona alguna, ni un leñador de Landeck, ni una vaquera que condujese sus bestias al corral, ni un criado del castillo que viniese de desempeñar alguna comisión en la villa.

Indudablemente el espectro usaba de su poder sobrenatural para desviar las miradas de los hombres. Sin em-